

Raúl Rivadeneira Prada

COLECCION DE VIGILIAS

Relatos

Ediciones
SIGNO - G.H.
La Paz - Bolivia



BIBLIOTECA DIGITAL

TEXTOS SOBRE BOLIVIA

TEATRO, BIBLIOGRAFÍA, LITERATURA, AUTORES, SUS OBRAS Y LO ESCRITO
SOBRE LOS MISMOS, MASONERÍA BOLIVIANA

LITERATURA

AUTORES, SUS OBRAS Y TEXTOS QUE COMENTAN SUS LIBROS

FICHA DEL TEXTO

Número de identificación del texto en clasificación Bolivia: 5595

Número del texto en clasificación por autores: 10159

Título del libro: Colección de vigiliass. Relatos

Autor (es): Raúl Rivadeneira Prada

Editor: Ediciones Signo G.H.

Derechos de autor: Depósito Legal No. 4-1-628-92

Imprenta: Imprenta Editorial G.H.

Año: 1992

Ciudad y País: La Paz - Bolivia

Número total de páginas: 103

Fuente: *Digitalizado por la Fundación*

Temática: Raúl Rivadeneira Prada

Raúl Rivadeneira Prada

COLECCION DE VIGILIAS

Relatos

Ediciones
Signo G.H.

Serie: El Tiempo de la Ficción 2
La Paz - Bolivia, 1992

Raúl Rivadeneira Prada

Copyright 1992

Raúl Rivadeneira Prada.

Depósito Legal 4-1-628-92

Primera Edición, 1992

COLECCION DE VIGILIAS

Relatos

Impreso en:

Imprenta Editorial G.H.

Serie: Ficción 2 Teléfono 323942

1992 La Paz - Bolivia

A Carmencita,
la compañera
de mi vida.

INDICE

La tierra roja, 9
El país del trigo rojo, 27
La guerra de Suberón de Ocas, 22
La gran-Jerusalén, 23
En homenaje de Julia Pizarro, 33
El revolucionario, 39
La deuda, 59
Los nombres del Juan Chacabarro Pizarro, 69
El Cristo Mahatma, 79
La guerra de Cheki, 87
Epílogo, 105

INDICE

- La tercera cita, 9*
- El guía del traje gris, 17*
- La locura de Salomón de Caus, 21*
- La gran elección, 29*
- La venganza de Julia Irene, 33*
- El relocalizado, 39*
- La deuda, 69*
- La mudez del fiero Chingolo Bartolo, 75*
- Crucita Mamani, 79*
- La tarjeta de Chela, 87*
- Igüembe, 105*

LA TERCERA CITA

*E*l tren suburbano con destino a St. Remy les Chevreuses se ha detenido en la estación Les Halles. Con la oleada de pasajeros que desaloja el coche se va también una porción de aire denso y sofocante, y con el nuevo grupo de gente penetra una ráfaga fresca que no tardará en viciarse en el trayecto, hasta la próxima parada.

Ha subido una mujer de no más de 30 años, delgada rubia, de ojos almendrados. La transparente blusa dejar ver sus senos erectos, desnudos, agitándose al ritmo de cada suspiro. Tiene la mirada fija en el vidrio de la ventanilla que empieza a empavonarse de oscuridad. Se encierra en la intimidad de sus pensamientos, pero su

rostro revela los signos de una profunda pena. Parece herida por una súbita y dolorosa circunstancia. Es una imagen distinta de la cara calculadora del hombre de negocios que saca cuentas mentalmente de las ganancias del día; diferente del gesto de preocupación de aquella mujer rolliza sentada en diagonal; opuesta al sello de picardía que las travesuras de esta jornada han estampado en el muchacho de al lado, y muy lejana de la expresión severa y hostil con que esa anciana observa a los extranjeros. El rostro de la joven rubia es el vivo retrato de la frustración, del fresco vacío que deja el desmoronamiento de las ilusiones: el cristal de una felicidad reciente hecho añicos al estrellarse contra el muro de la realidad. Suspira prolongadamente y apoya la cabeza sobre el marco de la ventanilla. Por momentos, sus finas facciones se embellecen con los recuerdos dichosos: las apasionadas noches en brazos del amado, los grandes sueños y promesas, pero se ensombrecen cuando la evocación cede su lugar a las cavilaciones existenciales. Entonces, otra mano dibuja trazos de amargura sobre su frente amplia y sus delgados labios.

Atropelladamente, avanza por el pasillo un hombre alto, fornido, con aspecto de príncipe oriental, sin turbante ni cohorte, con aire de intelectual, espesa y bien recortada barba, anchas espaldas y cabellera alborotada. Se sienta junto a la dama. "¡Aloó!", le dice y trata de besarla, pero ella gira la cabeza en dirección contraria. Los gruesos labios del hombre apenas llegan a rozarle la mejilla derecha. Se inclina para susurrarle algo al oído y deja que una de sus manos se pose entre las piernas de ella. Continúa hablándole bajito. La joven lo mira de soslayo y esboza una sonrisa de reproche, como si le dijera: "¡Qué cínico eres! Ya no puedo creer en tus promesas". El hombre insiste, mas como ella parece no llevarle el apunte, alza la voz:

- Nicole, mi amor, no puedo vivir sin ti. - A ella se le ilumina la cara, como si hubiera logrado arrancarle la frase esperada, pero al instante se pone seria y responde:

- Entonces, ¿por qué me mentiste?

- No te mentí, simplemente las cosas se pre-

epitaron. No hubo oportunidad de decírtelo.

- Tenía tantas esperanzas... Me has destrozado por dentro.

- Iba a contártelo esta misma noche.

- Debiste hacerlo a un comienzo, antes de que me enamorara perdidamente de ti.

- Estaba encandilado, inseguro... temía romper el hechizo.

- Acabas de despedazarlo. Ahora, puedes marcharte con ella. Yo también iba a revelarte algo que nos concierne a los dos, pero no lo haré, porque de nada serviría.

- ¿Es que no comprendes que eres tú a quien verdaderamente amo? A Gertrude me ata una plácida costumbre, el tiempo pasado, una mezcla de admiración y gratitud. La quiero, pero de otro modo.

- Si es verdad lo que dices, debes elegir, Giorgio, pero debes hacerlo ahora mismo.

El hombre le suelta la mano que ahora tenía aprisionada entre las suyas. Se quita los lentes y se frota los ojos, entre sollozos. Ella se conmueve, le echa los brazos al cuello y lo besa apasionadamente.

El tren disminuye su veloz marcha para detenerse en Denfert Rochereau.

- Gertrude me espera en Boissiere. Debo ir a verla para decirle que todo ha concluido entre ella y yo.

- ¿No se lo habías dicho ayer?

- Sí, sí... -balbuceó-, pero es preciso dejar aclaradas otras cosas. De todas maneras, si no llego al encuentro hasta las ocho, ella entenderá que he decidido quedarme contigo. No habrá problema, te lo aseguro.

- No vayas, no me dejes ahora - le suplicó.

- No temas, jamás me separaré de ti - respondió con una ligera sonrisa.

- Mira, Giorgio, presiento que me estás engañando otra vez. Si no estás en casa hasta medianoche, supondré que te has ido con Gertrude y no me verás nunca más. Esta es mi decisión final.

Giorgio asintió con la cabeza y pareció abrirsele una nueva opción para resolver su dilema. No desdeñaba la posibilidad de volver con Gertrude, al fin y al cabo, era su esposa, la mujer con la que había compartido un amor sereno durante cinco años, en Stuttgart. La alemana se enteró de que su fogoso italiano estaba enredado con una francesita. Se indignó y quiso ir a París a poner las cosas en su lugar.

Giorgio besa una y otra vez a Nicole en la frente, los párpados y la boca. Salta del tren y se pierde por la escalera mecánica. Nicole le sigue con la mirada. La máquina parte de nuevo y ella retorna a su posición inicial, con los ojos clavados en la oscuridad del túnel. Con el índice, impide que una lágrima ruede por su mejilla. Presiente que Giorgio se irá con Gertrude, cierra los ojos, como implorando que eso no suceda. Final-

mente, sacude la cabeza, resignada, y se lleva ambas manos sobre el vientre ligeramente abultado del embarazo que acaricia con ternura.

En la estación Boissiere, Gertrude miró su reloj pulsera: eran las ocho en punto. Pasaron cinco trenes más en la ruta de Charles de Gaulle-Etoile. Giorgio no llegaba. Esperó hasta las nueve, fumando nerviosamente, ofendida, mordiéndose los labios de despecho. "El muy desgraciado ha preferido quedarse con su amante", murmuró para sí. Tomó la salida y se fue directamente a abordar el Transeuropeo, con destino a Stuttgart.

En la casita de campo de St. Remy les Chevreuses, Nicole veía que las horas pasaban con extremada lentitud. Estaba atenta a la puerta que en cualquier momento se abriría para dar paso al amado. Llegaría, como cada noche, con un ramito de violetas y una botella de vino. Diez, once, doce, la una... las cuatro de la mañana... "Giorgio se ha reconciliado con su esposa. ¡Que te vaya bien!", pensó en voz alta y se fue a la cama.

Giorgio no quería perder un solo minuto en la solución de su conflicto. En el tercer nivel de Denfert Rochereau, no oyó o no hizo caso de la sirena que anunciaba la partida del tren. Trató de subir a él cuando las puertas se cerraban. El faldón de su impermeable quedó aprisionado entre las hojas automáticas. Empezó a correr tratando de zafarse de la atadura o de quitarse la prenda, pero la velocidad del convoy iba en aumento. Tropezó y fue arrastrado dando tumbos hasta la boca del túnel, donde se lo tragaron las ruedas de acero. Sonó la alarma con gran estruendo, pero la máquina no pudo frenar sino cien metros más adelante.

Entre la maraña de noticias del día siguiente, apareció en un vespertino esta información, en cinco líneas: "Anoche, un hombre cuya identificación fue imposible, murió arrollado por el tren suburbano MK-177, en la estación Denfert Rochereau. El sistema de seguridad en el Metro deja mucho que desear".

EL GUIA DEL TRAJE GRIS

A la memoria de Jorge F. Catalano

*D*omingo 9 de julio de 1989.

Sobre París cae una tibia y pasajera llovizna y ha llegado el momento de cumplir una vieja promesa.

- Sólo te pido una cosa, hermano: el día que vayas a París, deposita en mi nombre una rosa roja sobre la tumba de Frycek.

- Así lo haré -le dije mientras pensaba en cuán remota era la posibilidad de realizar ese viaje, pero se hizo.

La reja de entrada al panteón de Père Lachaise estaba aún cerrada, pero sin pestillo y

cedió al menor impulso. Ningún mortal por los alrededores, ¡claro, eran apenas las ocho de la mañana!

Caminé por la ligeramente empinada calle principal del cementerio y después por sus callejuelas laterales, confiado nada más que a las orientaciones de la pura intuición, pero en vano. Media hora después, dentro de ese silencio en que podía oír el pulso de mis propias venas y el murmullo de mis propios pensamientos, emerge frente a mí la figura de un hombre delgado, de baja estatura, cejas pobladas, cabello entrecano, nariz aguileña, de edad indefinible, vestido de gris y envuelto en un halo misterioso, pero que no infundía miedo sino sorpresa: más aún, una sensación de agradable sorpresa. El abrió el diálogo en perfecto español, con una sonrisa entre amable y picarona:

- ¿Puedo ayudarle en algo?

- Sí, busco la tumba del señor Federico Chopin, ¿Sabe usted dónde está?

- ¡Sigame! - Y no dijo más.

Caminamos, él por delante, yo pisándole los talones, mas sin poder emparejarle el paso. Súbitamente, se detuvo y se puso frente a mí, siempre con su sonrisita entre amable y picarona.

- Hemos llegado - dijo, señalando con la mano derecha la tumba buscada.

Levanté la vista por un segundo para leer la inscripción de la lápida y volví la cabeza para agradecerle por haberme guiado, pero el hombre ya no estaba, había desaparecido con la misma rapidez con que se me presentó en el callejón asfaltado, junto a la tumba de Balzac.

La rosa roja fue depositada. Y no sé cuánto tiempo estuve sentado sobre la escalinata de piedra, al lado de Frycek. Cuando me di cuenta, había un hervidero de gente en los callejones de Père Lachaise: turistas guiados por hombres que hablaban en inglés, italiano, alemán, árabe, ruso..., pero ninguno en español. Y ninguno vestido de gris.

LA LOCURA DE SALOMON DE CAUS

Paris, 1624.

La ansiada reconciliación de Maria de Médici y su hijo Luis XIII ha sido lograda. El obispo de Lyon, Armand-Jean du Plessis, recibe del monarca doble recompensa por sus desvelos y habilidad negociadora: el capelo cardenalicio y su reincorporación al Consejo. El nuevo cardenal de Richelieu disfruta de su espectacular posición y traza planes para enfrentar a los hugonotes, quiere reducir a la nada la rebeldía de la Rochelle, debe estar alerta a las conjuras e insidias de Gastón de Orleáns y ganar cautelosamente el control total del poder real.

Esta mañana está de buen humor. Acaricia la

punta de sus bigotes y se alisa el dócil cabello frente a un enorme espejo. El Padre José, su ayudante, llega hasta él con muchas reverencias para leerle el rol de actividades y los pedidos de audiencia, más de veinte: el último, fuera de lo común: un hombre de aproximadamente 50 años, que dice llamarse Salomón de Caus, francés, largos años residente en Londres, suplica a Su Eminencia una entrevista para hacerle conocer un grandioso invento y, por su intermedio, llegar hasta Su Majestad, para poner el descubrimiento al servicio del Rey, para la gloria de Francia.

Con su inseparable rollo de infolios amarillentos bajo el brazo, hizo decenas de antesalas, todos los martes, en el despacho del Padre José, y otras tantas le dijeron que el cardenal aún no había fijado fecha para la audiencia, porque estaba muy ocupado con los asuntos de la Iglesia y del Estado.

Una mañana de 1625, se abren las puertas de acceso al pabellón de locos inofensivos, en el manicomio de París. Es el día señalado para re-

cibir visitas. La celda N^o 15 es la más concurrida, pero no por parientes, que su ocupante no tenía, sino por curiosos ávidos de conocer en carne y hueso al orate. No pocos suponían que estaba poseído por el demonio y por eso querían verlo, tocarlo y oírle desvariar.

Allí está el hombre regordete, de mediana estatura, rubicundo, cabello esponjado que remataba en una especie de penacho, mentón prominente, cejas pobladas sobre arcos superciliares salientes, como voladizos: manos redondas y pequeñas que agitaba al hablar.

- ¡Guardián, guardián! ¿Cuál es la celda del loco Salomón?

- A la izquierda, la N^o 15. No temáis, está loco de remate, pero es inofensivo, os lo aseguro.

- ¿Señor de Caus?

- Sí, soy yo. Bienvenidos.

- ¿Podéis hablarnos de vuestro invento?

- Con mucho gusto. ¿Sois acaso científicos o estudiantes? - los hombres no pudieron disimular risitas. Eran vulgares comerciantes.

- Si, somos versados en ciencias físicas - respondieron. A Salomón se le iluminó la cara con un resplandor de esperanza.

- Entonces, os expondré mi teoría sin retaceos. Y después de convenceros, tal vez podáis interceder por mí ante los nobles y llegar hasta Su Majestad para decirle que no estoy loco, no estoy loco... Escuchad: ¿sabéis cuáles son *les raisons des forces mouvantes*? Se manifiestan en el vapor de agua caliente y son capaces de mover máquinas, barcos y todo lo que podáis imaginar...

Una tarde, lo recibió el cardenal Richelieu. Le oyó durante siete minutos mientras examinaba sus viejos papeles. El cardenal lo miraba con mucha desconfianza. Llegó a la conclusión de que el hombre padecía de una incurable locura. Trató de hallarle signos de herejía y hechicería, pero desechó la idea, porque lo que oyó le parecieron

más bien incoherencias, absurdos, dislates propios de un demente.

– Muy interesante, muy interesante – le dijo mientras libraba de su puño y letra una "lettre de cachet" de reclusión preventiva, que en realidad tenía duración indefinida, y lo mandó encerrar en el pabellón de locos incurables del manicomio de París.

París, 1770

Una mañana de primavera. El extraño monstruo metálico, de ochenta centímetros de largo por cuarenta de ancho y cincuenta de alto, corre por un sendero bufando, echando vapor caliente por un tubo que le sale de la cabeza. Parece un escarabajo gigante. Se introduce en los huertos y arrasa con las plantaciones de calabazas, zanahorias y lechugas recién brotadas. Los granjeros se aterrorizan, jamás habían soñado siquiera con ver cosa semejante ¡ni en sus más espantosas pesadillas!

La máquina infernal se vuelca más adelante, como animal herido, y echa agua hirviendo por un costado, parece desangrarse y sus ruedas giran todavía. Los granjeros, armados de palos y azadones se disponen a acabar con el monstruo, cuando una voz los detiene:

- ¡No, por Dios, calmáos! No os asustéis, es una máquina que yo construí para moverse sola. Y funciona, ¡funciona!

- Oh, monsieur Cugnot, ya veis lo que hizo, ¡habeis de responder por los daños y perjuicios!

La amenaza no fue vana. Nicolás José Cugnot fue llevado ante la justicia. Como era muy pobre, no pudo pagar la indemnización, por lo que le enviaron a la cárcel, en el edificio que antes ocupaba el manicomio de Paris. La máquina fue encarcelada también juntamente con su inventor, para que no volviera a perjudicar a nadie.

Los ojos de Cugnot tardaron algunas semanas en acostumbrarse a la penumbra de la celda. Ahora está de pie, frente a la pared opuesta a la

puerta de hierro. Le llaman la atención unos signos semejantes a letras grabadas con algún objeto punzante. Asoma el mechero y se pone a descifrarlos:

"En este sitio pago la culpa de adelantarme a mi tiempo. Siento que pronto moriré. Dejo mi *Les raisons des forces mouvantes* debajo de la losa suelta del piso. Firmado, S. de C. 1635".

Cugnot movió dificultosamente la losa, metió la mano en el hueco y extrajo el rollo de papeles, húmedo, que había adquirido una coloración verde grisácea. Se puso a leer la carátula que llevaba esta cita de Francis Bacon:

*El movimiento es la forma del calor.
Veamos el agua hirviendo*

LA GRAN ELECCION

*E*staba atado, firmemente sujeto con gruesas correas, al macizo mueble de tosca madera clavado en el vasto e inconmensurable yermo. Su aspecto era el de un condenado a la silla eléctrica en los instantes previos a su ejecución. Sólo podía mover libremente el cuello largo y desnudo, de aquí para allá. Nadie a su alrededor, ni siquiera el viento que antes solía traerle extraños, pero agradables murmullos de quién sabe qué procedencia.

Los hombres que le capturaron hablaban un lenguaje para él ininteligible, pero por sus actitudes y ademanes dedujo que no deseaban matarlo, al contrario, parecían protegerlo. Le dieron

a entender, o así le pareció a él, que debían cuidarlo como a un ejemplar raro de una especie ya extinguida, porque le acercaban una vez al día un cuenco de agua y un recipiente de comida. Después, desaparecían sin dejar rastro.

El prisionero miraba el entorno con ojos perplejos y nostálgicos. Nada, ninguna señal, ni cercana ni distante que pudiera orientarle sobre el sitio de su cautiverio. Nunca supo cómo ni por qué le llevaron allí.

Sus grandes párpados caían y se levantaban melancólicamente. Trataba de zafarse de las amarras, pero no podía. Estaba claro que si lograba soltarse correría por el desierto y nadie podría alcanzarle, mas, ¿adónde iría? Su condición de prisionero le garantizaba al menos el sustento diario. La libertad, en cambio, se le presentaba como una opción peligrosa; peor aún, el camino más seguro hacia la muerte.

La disyuntiva no era fácil de desatar, como sus correas, pero exigía una elección. Inclino la cabeza cuanto pudo, hasta casi romperse el cue-

llo y empezó a debilitar las ligaduras con fuertes picotazos, hasta librarse completamente. Estiró sus largas piernas, desentumeció su cuerpo y, sin pensarlo dos veces, emprendió veloz carrera balanceándose con las alas abiertas aunque nadie le seguía ni le seguiría, no a esa hora vacía de todo, excepto del ansia irresistible de moverse a gusto, de cortar con el cuerpo la invisible costra de la desoladora quietud y recrear la brisa.

Sabia que esa maravillosa cuanto efímera vivencia no podría durar mucho tiempo, como que no duró, pero valía la pena el disfrute de ocupar otros espacios, aunque fuera fugazmente, hasta quedar para siempre inmóvil, pero por voluntad propia. Había llegado a comprender el pleno sentido de la verdadera libertad y se lo llevó consigo.

Hundió la cabeza en la arena y prefirió perecer en libertad a vivir aherrojado.

LA VENGANZA DE JULIA IRENE

Antes de encender el motor de su viejo Skoda, revisó por enésima vez la carpeta de documentos. Sí, todo estaba en orden: los certificados, las recomendaciones de tres ilustres profesores, la carta de presentación y el título profesional de médico-cirujano, obtenido con nota de felicitación.

Miró el diminuto reloj pulsera con malla de oro que le obsequiaron sus padres el día de su graduación. Son las 9:15. Suficiente tiempo para llegar puntualmente a la entrevista con el director del Centro Médico "Los Galenos", el hospital más famoso del país, fijada para las 10:00.

- Esta es la oportunidad de mi vida - dijo

mientras trataba de domesticar el indócil mechón rubio que le caía sobre la frente.

Ahora va por la carretera principal, canturreando el himno de la Escuela:

*Por el éxito de la vida,
robusta como una encina,
Facultad de Medicina.*

El tránsito se hace lento, algo habrá ocurrido más adelante. Y los minutos vuelan. Son ya las 9:30 y todavía faltan más de 15 kilómetros por recorrer. Julia Irene se pone nerviosa. La fila de coches parece que no se moverá jamás, entonces decide tomar una ruta secundaria, la angosta y poco concurrida "Calzada de los Venados". Le quedan 25 minutos para llegar a la cita más importante de su vida.

Detrás del Skoda viene un Jaguar deportivo rojo que, en cuanto se ensancha un poco el camino de tierra, se adelanta dejando una enorme nube de polvo.

Cien metros más allá se detiene bloqueando la ruta.

– ¡Apártense de ahí! – gritó sacando la cabeza por la ventanilla.

Salen del coche deportivo tres jóvenes, uno de ellos melenudo, vincha floreada sobre la frente; el otro, lleva chaqueta negra abierta, el vientre pelado; y el tercero, semi calvo, bigote rojizo espeso y la barba de tres días.

– Por favor, déjenme pasar, tengo prisa – dice Julia Irene con voz entre enfadada y suplicante.

Los hombres parecen sordos y mudos. Lentamente, rodean el vehículo. El del vientre obscuro le enseña una navaja reluciente y con un ademán le ordena que baje del Skoda. Los tres tienen caras trasnochadas y aliento alcohólico. Son las 9:45.

A la vera del camino, detrás de unos matorrales Julia Irene mira aterrada cómo el joven

del vientre impúdico le aproxima el filo de la navaja al cuello. El melencólico regresa a esconder los dos automóviles y despejar el camino.

– Echate y ponte en forma, preciosura, te vamos a hacer el favor.

Julia Irene apenas podía contener la respiración, echada sobre la hierba, evitando el filo de la navaja, mientras uno tras otro comenzaban a destrozarle el alma, las ilusiones, la vida... Era inútil oponer resistencia, pero algo habrá que hacer. "Todo está perdido, pero algo habrá que hacer". Esta frase le sedujo el pensamiento.

Mudó de expresión, simulando complacencia. Se puso solícita, cooperadora. Les dijo:

– Qúitenme la navaja del cuello. No hace falta, así podremos disfrutarlo más.

Cuando el tercer valiente hubo gemido en el éxtasis de su hazaña, ella se incorporó lenta y provocativamente.

– Muchachos, lamento decirles que no he

quedado del todo satisfecha. ¡Qué tal si continuamos la diversión en mi departamento? Quiero gozarlos bien, a los tres. ¿Les gustaría? ¡Vamos, no me digan que se corren!

Los hombres, como autómatas, contemplaron nuevamente los redondos y erectos pechos desnudos de Julia Irene, sus muslos excitantes, su cabellera suelta...

- ¡Vamos, pues!

Ahora, son las 12:30. El Skoda y el Jaguar se han estacionado en el edificio de departamentos "Las Delicias". La chica les ha pedido que se instalen cómodamente, mientras ella se asea un poco y cambia de vestido.

Regresa a los quince minutos con el pelo recogido en un coqueto moño. Viste un camisón negro, transparente.

- Este será un día inolvidable. Primero, un buen trago, y después nos divertiremos como los dioses. ¿okey? - los tres asintieron.

Un vaso de whisky en cada mano. ¡Salud, salud. Chin-chin, chin-chin!

- ¿Aloo? ¿Operadora? Comuníqueme con la policía, es urgente.

- Comisario Dowler al habla. Diga usted...

- Envíen una patrulla y una ambulancia al edificio "Las Delicias", 2º piso, departamento 201. Hay tres hombres anestesiados y castrados. Es un caso de emergencia.

Antes de encender de nuevo su viejo Skoda, Julia Irene abrió la carpeta de documentos preparada para la entrevista. Se detuvo, con una sensación de placer, mezclado de amargura, en las letras góticas de su título profesional: "Julia Irene Kobbler, Médico-Cirujano". Y se fue. Eran las 15:30.

EL RELOCALIZADO

Ya sé que la gente pasa murmurando: "Pobre tipo, está loco de remate. ¿Por qué no se lo llevarán a un sanatorio?" Felizmente, no falta quien replique: "Déjenlo tranquilo, es sólo un maniático inofensivo". Hablan así porque presumen de tener los pies bien afianzados sobre el suelo que pisan. Y ostentan, pagados de sí mismos, una aparente seguridad. Sin embargo, habría que ver si lo que los mantiene en pie es la sensatez o el tácito compromiso de no darse de cornadas entre bueyes, a menos que el otro esté papando moscas. En cambio, es más genuino aquel que dice con evidiable modestia: "Yo siempre voy y vengo caminando a pie, 'a modo de andar' ¿no?"

Suponen que le doy las espaldas al mundo y vivo a contraluz, pero eso no es verdad; al menos no lo es desde mi punto de vista, ya que una cosa es haber elegido un lugar de observación y una postura para meditar, y otra muy distinta afiliarse en el bando de la simulación, aun a sabiendas de que la realidad no es algo que se pueda esquivar definitivamente.

La posición en que me encuentro me parece la más correcta para percatarse de lo que sucede: cabeza abajo, patas arriba, como están todas las cosas. Y digo "me parece", porque nunca se puede estar seguro acerca de nada. Además, los pasajeros del viento deberíamos tener siempre presente que todo lo mundano es temporal y que nosotros mismos llevamos estampado el sello indeleble de la provisionalidad.

Ver la vida de este modo no representa ninguna comodidad ni proporciona gratificación material alguna; exige no pocos sacrificios y renunciamentos: precio ventajoso, por lo demás, a cambio del cual se obtiene el beneficio de aproximarse a las miserias propias y ajenas, con una

cuota de raciocinio que no concede espacio a la soberbia. No aspira – ese es otro encomiable oficio – a la contemplación extática del mundo y sus alrededores en que el santo se deleita, anadado por la esencia divina, teniendo por estímulo de su entusiasmo la maravillosa armonía del universo y la esplendidez de la Creación, o como diría Santa Teresa de Jesús: "Aquí son las verdaderas revelaciones de este éxtasis y las grandes mercedes y visiones". No ambiciona tanto mi voluntaria disposición, aunque, como todos los caminos conducen a Roma, podría ser que desde esta postura también se descubra el sendero que lleva al encuentro con el Supremo Artífice.

Algunos esfuerzos son necesarios para orientarse en este terreno escabroso e intrincado donde ha menester gobernarse con cautela en la indagación y cordura en el juicio, para poder sortear los peligros. Por ahí anda suelto el Grandísimo Astuto y no le gusta que le espíen. Le irrita que los provisionales se pongan a husmear en sus dominios. Mañoso como es, sabe

bien cuándo y cómo cubrímos de ficciones y ponernos zancadillas o hacer que otros nos las pongan, porque cuenta con una horda de felones. No obstante, vale la pena correr esos riesgos, atentos a la oportunidad de cogerlo desprevenido y zarandearlo agarrándolo por la cola.

Enfrentarse a los impostores puede costar caro, pero es la única forma de evitar que los demás te pisén el cuello.



– Grave error, mi querido amigo – dijo el viejo Gumercindo –. Usted ha cometido una imprudencia, por inmaduro, de otro modo habría sabido que no era necesario darle al Director una lección de rectitud.

– Perdone que insista, pero la Constitución dice que el empleado público es un servidor exclusivo de los intereses de la colectividad y no de parcialidad o de partido político alguno.

El Director lo llamó a su despacho. Exhalaba

vapores de alambique abierto. Recostado sobre el alto respaldo de su acolchado sillón, le hizo un ademán para que se sentara. Abrió un cajón del que extrajo un desodorante "spray" con el que se roció las axilas, entre la chaqueta y la camisa. Después, se incorporó apoyando los codos sobre el escritorio.

– Bueno, jovencito, se ha vencido el plazo que le di para que presentara su certificado de inscripción en la Juventud del Partido. ¡Muéstre-melo!

– No lo tengo, señor Director. Yo no soy político ni deseo serlo, al menos por el momento. Sólo quiero trabajar honradamente para costear mis estudios de Derecho. La ley no exige...

– Aquí necesitamos gente comprometida con el Nacionalismo. Los que no están con nosotros están contra nosotros – gritó el hombre y se le congestionó la cara –. La ley ¿no? Usted invoca la ley. La única ley que aquí vale es el interés del Partido y la lealtad al jefe. ¿O se imagina que estoy aquí porque Dios es grande? No, señor. Este puesto me lo he ganado con méritos revolucionarios. Ahora,

lárguese. Queda despedido.

Don Gumercindo, el empleado más antiguo del Registro Civil, poseedor de trescientos veinticinco carnets de inscripción a otros tantos partidos políticos, coleccionados durante cuarenta años, relataba los méritos revolucionarios del señor Director:

"Era comisario de la Policía Municipal, temido por la dureza con que trataba a las recoveras. No dejaba pasar la más leve infracción y cobraba en metálico, en género y en especie, pero prefería detener a las más jóvenes, cuando estaba de turno: 'O te encamas conmigo o tres días de arresto y clausura del negocio'. Algunas aceptaban la propuesta; otras lo mandaban a rodar, pero nadie se quejaba a la 'superioridad' porque el jefe de comisarios, el inspector general, el supervisor regional y el intendente hacían lo mismo, y llegar hasta el alcalde era más difícil que trepar el Illimani en monociclo. Participó como combatiente en la Revolución Nacionalista. Le dieron un fusil 'Mauser' y le ordenaron que ocupara la Colina del Gato, donde debía apostarse en posición de francotirador. En

eso estaba, medio agazapado, cuando sigilosamente llega un soldado y le mete tres tiros en el trasero. Quince días después, le dieron de alta en el hospital. Para entonces, quedaban muy pocas y diminutas peras en el canasto de la Revolución. Las mejores se las habían repartido entre los capos del Comando Nacional y sus ahijados. No se conformó con que le dieran una condecoración de bronce ni le bastó que su nombre figurara en la lista de los Heroicos Combatientes Nacionalistas que publicó el Diario Oficial. Treinta veces se bajó los calzones en las oficinas y domicilios de los jefes del Partido. Estaba decidido a ir al propio palacio de gobierno, a enseñarle a Su Excelencia las tres heridas a medio cicatrizar en sus jamonas nalgas. El subsecretario le dijo que no hiciera eso, que no hacía falta, que él arreglaría el asunto inmediatamente, y así fue. Consultó con el Comando y le extendió el nombramiento de Director General del Registro Civil".



Antes de cumplir los diez años, se me ocurrió apoyar los pies sobre la pared y mirar los objetos

y las personas de abajo hacia arriba. Veía pasar a Yolita con su vestido vaporoso, haciéndose la desentendida, pero muerta de ganas por comprobar que yo la miraba aunque fuera de reojo. Cabeza abajo, como que los riñones se acomodan mejor y la sangre se desliza por la espalda, hasta la nuca, llevando en su corriente imágenes que parecían olvidadas, como la de Yolita – halo de inocencia – entre barquitos de papel cargados de ilusiones. Qué diferencia con lo que se ve ahora: distinguidas señoras regodeándose con bandadas de pájaros que revolotean entre sus piernas y bragas de seda.

Desde aquí, la visión del mundo parece más natural, aunque la posición sea inversa respecto de los demás. Esto mismo es harto discutible, si se piensa en cómo se encuentra un astronauta dentro de su cápsula, girando alrededor del planeta. Al pasar por un punto, está encima, en relación a los de abajo, pero, para los que se hallan al otro lado del globo, está de cabeza, lo cual demuestra que la realidad es siempre más compleja que su apariencia, de donde puede deducirse que

asentar los pies sobre la tierra resulta una forma de ignorar el otro lado de la lluvia o, para decirlo de manera más sencilla, no es fácil caminar detrás de uno mismo por temor a ver lo que se está haciendo, y más difícil aún es atreverse a buscar un encuentro consigo mismo, cara a cara, sin la entrometida y deformante mediación del espejo.

"Este chico es medio raro, déjenlo nomás donde está", dice el compadre Meléndrez a quienes me ven por primera vez en mi extraño reducto de observador.



El hombre y la mujer conversan animadamente. Se levantan y salen a bailar. Meta quimba, doña Guindalina. Ahora, el zapateo, con más fuerza, con más fuerza... La Yolita ha vuelto a pasar con las manos envueltas en su mandilito floreado y regresa con una charola de cocteles. ¡Qué bien lo hace usted, caramba, Doña Guindalina!, me está dejando lejos. ¿O puedo llamarla simplemente "Guindita"? Gracias, gracias... Calla

súbitamente el piano y se oye un fuerte toque en el platillo del baterista: "Aro, aro, aro...", gritan todos, poniéndose de pie. Se entrecruzan los brazos para el brindis seco, hasta el fondo de los vasos, sin derramar una sola gota. ¡Bravo, Guindita, bravo! El fornido cholo la abraza frotando su abultado abdomen en el busto de su pareja.

Los ojos de José, trozos de carbón encendido, siguen la escena sin perder detalle. La hiedra de los celos trepa instigada por cada sorbo de licor, le nubla la vista por un momento y después se la aclara, pero en la alucinada imagen del escarnio: la lujuriosa Guindalina burlándose de él, con la pollera levantada, el muslo desnudo, la cabeza la-deada, los ojos entornados, la boca lascivamente entreabierto y sus descomunales senos balanceándose en alborotada ofrenda al macho camionero.

Al día siguiente, Guindalina estuvo postrada en cama, con los ojos amorotados, la jeta reventada y tres costillas rotas. Tal vez aborte el tercer retoño que lleva adentro desde hace tres meses, a consecuencia de la furiosa patada que le asestó

José en pleno vientre. El, que no la ha sacado barata, tendrá que ir al trabajo con un tremendo parche en la cara, porque su mujer alcanzó a pegarle un botellazo con todas sus fuerzas. Los hijos no tienen pan para llevarse a la boca ni saben de qué lado inclinarse, pero todo se arreglará en unos días, cuando José vaya, de rodillas, a pedirle a su amada concubina que le perdone. Luego, se irán nuevamente a la cantina del compadre Meléndrez, a festejar la reconciliación, y no tardará en aparecer otro macho camionero que converse con la sensual Guindalina y la saque a bailar...



Hallar un punto donde confluyan el deseo y su concreción; el pensamiento y la acción; el sacrificio y su recompensa no es tarea corriente, ni siquiera para el que ha decidido ponerse siempre al revés de la simulación. Tal vez para algunos sea un ejercicio inútil que desemboca, irremediablemente, en el error. Puede que así sea, pero queda, al menos, la satisfacción de haber hecho la lucha. El que nada hace, jamás se equivoca.

Ya es algo enterarse por sí mismo de la insondabilidad de los misterios y llegar a la conclusión de que sólo Dios sabe por qué los misterios son misteriosos. Por ejemplo, los caprichos de la suerte hacen añicos la lógica del señor Aristóteles y dejan muy maltrecho al doctor Wittgenstein. Ponen en evidencia la invulnerable fortaleza de eso que llamamos pobre y limitadamente como el azar, los designios impenetrables, la casualidad, lo aleatorio, lo secreto, lo contingente e imponderable.

Si Dios da habas tostadas al que no tiene dientes, no ha de ser sólo por divertirse. Y eso de que más vale tarde que nunca, o la justicia tarda, pero llega, depende de quién se halle en esa situación y la sienta en carne propia para ejercer el derecho de rebelarse contra la presunta verdad de que todo tiene su tiempo precisamente marcado, y alegar en contra de todo fatalismo, afirmando que el tiempo por sí solo, como mero transcurso, carece de sentido práctico, si se lo separa de la condición vital del ser humano; si se excluye el mayor y oportuno provecho que éste debe obte-

ner, cuando ha hecho suficientes merecimientos. Claro que el exégeta puede retrucarnos con esta sencilla frase: "También lo inexplicable tiene su tiempo" y dejarnos dando más vueltas que trompo de malabarista chino, o tratando de encontrarle aristas a una bola de billar. Por eso, yo siempre me acuerdo de lo que le pasó al sastre del vecindario.



La fotografía en colores de Don Régulo Abastoso se publicó en los periódicos y fue pasada por televisión, durante toda la semana. Llevaba esta leyenda, en grandes caracteres: "Ejemplo de perseverancia y fe en Lotería Nacional de Obras Sociales". En segundo plano, aparecía la imagen de una exuberante Diosa de la Fortuna, encuerada toda ella. En vez del timón de la vida, sostenía con una mano el cuerno de la abundancia y con la otra un látigo de tres hebras. Tenía el pie derecho posado sobre una rueda alada. De su rostro en tres cuartos, se desprendía una sonrisa burlona, al estilo de la Monalisa. En letras más pequeñas, se anunciaba que, por tratarse de un caso excep-

cional, el premio sería entregado en un acto público y solemne, encabezado por el ministro de Bienestar Social.

Dos circunstancias hacían del acontecimiento algo fuera de lo común: Don Régulo era un hombre de 87 años, que había vivido siempre en la pobreza y ahora era el feliz ganador del premio mayor de la jugada de fin de año de la lotería, consistente en un millón de dólares. El anciano también sonreía con sorna, en las imágenes publicitarias, y de sus ojillos semicerrados asomaba un tenue destello de picardía.

El día de la ceremonia, se presentó vistiendo un elegante abrigo gris a cuadros y bufanda del mismo color, obsequio del gerente de una corporación financiera que le envió el presente con una tarjeta de felicitación y el anuncio de que próximamente lo visitaría un representante de la firma. Por el taller de Don Régulo desfilaron decenas de abogados, banqueros, promotores, apoderados, agentes y procuradores que le ofrecían administrar su dinero en las condiciones más ventajosas para él. Don Régulo atendía a todos

con igual solicitud, les escuchaba pacientemente y los despedía con sonrisas y apretones de mano. Les decía: "Muy interesante, muy interesante, distinguido doctor (para no equivocarse). Tengo mis propios planes, pero... ya veremos. Tal vez considere su propuesta".

El ministro habló emocionadamente en la sala atestada de autoridades, periodistas, invitados y curiosos. El anciano, aunque algo encorvado y lento en sus movimientos, exhibía buena salud y, sobre todo, un aire de lucidez mental. El ministro dijo: "Estamos ante un hombre que en el invierno de su vida ha sido tocado por la mano de la buena suerte, y ahora puede vislumbrar una futura existencia primaveral. Se trata de Don Régulo Abastosolo, honrado y laborioso artesano, ciudadano ejemplar, depositario de los atributos de sencillez, humildad y constancia que adornan a nuestro pueblo".

El viejo asentía con la cabeza y volvía a asentir moviendo los labios, como si masticara bien cada elogio. "Es cierto - pensó - me he pasado la vida zurciendo pantalones y revolviendo ternos.

De vez cuando caía una confección nueva".

No tenía esposa ni hijos, ni siquiera parientes lejanos. Sus pocos ingresos le alcanzaban para pagar el alquiler de la sastrería-vivienda, para comer dos veces al día, vestir decentemente y darse uno que otro gustito. Desde sus catorce años, cuando era aprendiz de sastre, se interesó vivamente en los sorteos de lotería, pero odiaba los juegos de naipes y dados. Sostenía que la fortuna debía ser atraída por el imán de una combinación cabalística de números y el concurso de circunstancias ajenas a los trucos y destrezas del jugador. Tenían razón al calificarlo como "Ejemplo de perseverancia", porque jamás, durante setenta y tres años, dejó de comprar su billete semanal de lotería, aunque nunca había obtenido más premio que alguna insignificante "terminación". A cualquiera le habría desalentado el ser siempre un perdedor, pero no a él, que seguía fiel, obsesivo y obediente a una voz interior que le susurraba: "No importa, la próxima vez será. Tenlo por seguro". Entonces, se entregaba de lleno a sus ilusiones: viajaría en grandes y lujosos barcos y aviones;

comería en los mejores restaurantes extraños manjares y bebería los más exquisitos vinos y licores. Se veía en los palcos de famosos teatros y en las pistas de cabarets rodeado de hermosas mujeres; bajando de largas limusinas y caminando sobre mullidas alfombras de hoteles de cinco estrellas. Después de estos disfrutes, se casaría con alguna "Miss" y la llevaría a vivir en una mansión rodeada de jardines. Invertiría una parte en instalar la mejor sastrería del país, con veinte maestros-cortadores bajo sus órdenes.

Acarició esta químera hasta que cumplió los sesenta años. De allí en adelante, jugaba por costumbre y porque se había convertido en coleccionista. Llevaba cuenta exacta de todo esto: cuatro mil ciento sesenta billetes de lotería, cronológicamente clasificados y conservados en cuarenta álbumes de fotografías. Todos los números terminaban en uno. Muchas veces le preguntaron por qué no en cuatro, siete o nueve. Respondía: "Nací el primer día de enero de mil novecientos uno. Desde la escuela, en toda lista me ha correspondido siempre el número uno. Mi apellido es Abasto-

solo, que quiere decir 'me basto solo', y soy solitario; uno. El número de mi taller es el ciento once: uno-uno-uno; mi cédula de identidad es la ciento once mil ciento once: seis veces uno. No puede ser pura casualidad, ¿no?

El ministro seguía perorando. Había pasado de las virtudes ciudadanas al elogio de la política de bienestar social del Supremo Gobierno y leía una larga relación de obras ejecutadas con los recursos provenientes de Lotería Nacional.

El sorteo de fin de año fue transmitido por televisión en "vivo y directo". Don Régulo pegó un brinco cuando apareció en la pantalla el número 11111, presentado con un marco intermitente de luces de colores y estridentes fanfarrias. Le atacó la risa hasta casi ahogarlo. Esta era una broma pesada de la Diosa de la Fortuna. Decidió no decir nada a nadie ni presentarse a cobrar el premio. ¿De qué le iba a servir a esta edad? No, no era justo que la suerte le jugara tan mala pasada. El guardaría el billete en su colección, como si nada hubiera ocurrido. Pero, después pensó que otros se aprovecharían del dinero, quién sabe para ha-

cer qué cosas, y eso tampoco sería justo. Además, no podía tolerar que la suerte se mofara de él en esa forma tan cruel. Había que urdir una genial represalia. El que ríe al último, ríe mejor.

El ministro terminó su discurso, le extendió el cheque por el millón de dólares: "He aquí, señor Abastosolo, el justo premio a su perseverancia". Le dio un abrazo con mal disimulada envidia y pidió al auditorio un fuerte aplauso.

A don Régulo le rodearon de micrófonos y cámaras de televisión. Sobre la pared del escenario colgaba un inmenso cuadro de la Diosa de la Fortuna.

- Abuelo, ¿qué piensa hacer con tanto dinero?

- ¿Qué se siente ser millonario a su edad?

El viejo los paseó con la mirada y, después de un corto silencio, habló con voz pausada, pero firme:

- Voy a contratar a una gran empresa de ar-

quitectos para que construya letrinas públicas y de uso gratuito en toda la ciudad. Volvió la cabeza hacia el cuadro de la Diosa de la Fortuna, remedó su sonrisa burlona y murmuró: "Ahora, estamos a mano".



Cuando se recobra la posición de pie, todo tiene aspecto de normalidad, de una calmosa rutina que a nadie le preocupa, porque es como si nada pasara o como si lo que sucede tuviera que ser siempre así, de origen conocido y de final invariable, por todos consentido. Pasearse orondo sobre dos patas implica el riesgo de perder la capacidad de maravillarse y de olfatear motivos de meditación y crítica. Son muchos los que caminan encogiéndose de hombros y perdonando la vida a sus semejantes. Por eso, yo prefiero estar patas arriba, pero con los ojos y oídos bien abiertos, y con el corazón compungido; también alerta, con una buena porción de desconfianza, no vaya a ser que el Grandísimo Astuto me embrolle, envuelva y desenvuelva, y me robe la ocasión de verme y reconocirme cuando, llegado el

momento, pueda hallarme a mí mismo. Y lo más espantoso que me puede suceder es que me devuelva a la posición normal, definitivamente, para obligarme a abordar el carro del "Stablishment".

Me darás la razón cuando digo que las cosas no están en su lugar. Dime, por ejemplo, ¿qué hace Bernabé Tudela vendiendo hamburguesas en vía pública, si debía estar enseñando Lingüística Moderna en la universidad? ¿Por qué carajos el peluquero de la Diagonal 8 ha sido nombrado asesor de la Comisión Parlamentaria para el Desarrollo Energético? Mira, nomás, todo está revuelto. ¿No te das cuenta? Hay quienes crían cerdos en granjas que tienen instalaciones de aire acondicionado para el verano y calefacción para el invierno; las atienden brigadas de técnicos y médicos veterinarios en varias especialidades, y dietistas que engordan a los marranos con mantequilla de primera clase, granos seleccionados y vitaminizados. En otras partes, la gente se disputa a cuchilladas un hueso pelado o un trozo de cecina en los basurales de las ciu-

dades. Sus niños mueren sin haber conocido el color de la leche ni el sabor del pan, y pasan a las estadísticas de morbimortalidad infantil como números acumulativos de los "ciento sesenta por mil", tasa anual de la que se nutren los discursos políticos, actuaciones parlamentarias, foros, mesas redondas y seminarios con motivo del Día del Niño, y que invariablemente se clausuran con un banquete ofrecido a los expertos, autoridades, periodistas y allegados, en un Hilton o un Sheraton.

Te puedo dar un millón de ejemplos más. Pero, si sigues con dudas, ponte patas arriba, como yo, y trata de explicarte por qué Hernán Cortés no entendió las nobles ofrendas de Mexicatzin y Xicotencatl; qué mano guió al misionero franciscano para matar con dos tiros certeros en la frente a los caciques toba y chiriguano, Mbiryucá y Coroné, cuando precisamente el fraile era un ídolo de los naturales. Es lo mismo que si te preguntara cuánto representan en dólares de hoy día los 520.000 thalers que se gastó el rey de Prusia en un banquete. Dime quién es más digno

de conmiseración: ¿Marmeladoff o la yegua de Colás? Todo esto puede resumirse en una sola pregunta: ¿El burdel, el manicomio y la cárcel se cierran para adentro o para afuera? La respuesta es muy difícil porque requiere mucha sabiduría y no siempre nos es dada la gracia de encontrarlos con el que la posee. A propósito, conviene reconocer que el que sabe, sabe, y el que no sabe suele ascender a jefe.



Una vez, el jefe le preguntó al subalterno:

– Oiga, Rodríguez, ¿huérfano se escribe con hache o sin hache? El jefe del jefe, que pasaba por ahí, se apresuró a intervenir, con solemne autoridad:

– Se escribe con G.

Rodríguez alcanzó a decirle a su inmediato superior que, de todos modos, no estaría mal consultar el diccionario. El jefe del jefe lo supo al instante y lo puso de patitas en la calle. Rodríguez

aprendió que el que corrige al petulante y reprende al impío se acarrea afrenta y ultraje, como dice el viejo proverbio.



No vayas a pensar que trato de impresionarte con mi legajo de pruebas que, al final de cuentas, puede que de tanto probar no pruebe nada. Sólo para matar el tiempo, déjame contarte que en el último mitin político hablaron de la marginalidad social, de los bajos salarios, la pobreza, la desocupación y otras injusticias. Le dieron el micrófono a uno con cara de Atahuallpa que se mandó, de corrido, un sabroso discurso.



"Ha llegado la hora compañeros campesinos de cortar de raíz el árbol frondoso del desprecio y la opresión que plantaron en nuestro suelo los atroces aventureros conquistadores que vinieron de allende los mares y los hijos de esta tierra levantamos nuestra voz de protesta ancestral y rebelde y enarbolamos las banderas de la liberación

total y definitiva porque ya se desmorona pedazo a pedazo el edificio de la cruenta injusticia a que estuvo sometida nuestra raza de valientes siguiendo el ejemplo y la inspiración de Tupaj Amaru, Tupaj Katari, Bartolina Sisa y tantos otros mártires de las luchas heroicas llevaremos a nuestro pueblo por el camino de sus legítimas reconquistas sabiendo que hemos esperado cerca de quinientos años para..." Aquí se interrumpe bruscamente el discurso porque grita un borrachito:

- ¡Que se calle ese indio!

El orador baja de la tribuna, corre hasta donde se halla el beodo y le increpa con los puños amenazantes:

- ¿Quién es indio, so carajo? ¡Usted me va a comprobar!...



Timoteo vio aproximarse un entierro y le asaltó de nuevo la idea de la provisionalidad. No

cabe la menor duda – dijo – somos provisionales. La vida y la muerte nos relocalizan siempre, y si no, ¿dónde están mis padres, Marcelo, Oscar, Jorge, Juan, Emilio y Mariané? ¿Dónde la viejecita que a las seis de la mañana despertaba a todo el vecindario con su voz de tiple pregonando los diarios? ¿Dónde el feroz dictador que hacía temblar a la nación con sólo mover un dedo y aconsejaba a los opositores que caminaran con el testamento bajo el brazo? ¿Dónde el comisario municipal convertido en Director del Registro Civil? ¿Dónde José y Guindalina? ¿Dónde el hijo que la joven madre jamás pudo amamantar? ¿Dónde la primera caricia y la última bofetada? ¿Dónde el honor, la palabra empeñada, el juramento, el halago servil, la gratitud, el hecho ruin y la acción noble? ¿Dónde la riqueza acumulada y el despojo violento? ¿Dónde el umbral del burdel, el manicomio y la cárcel? En el recuerdo o en el olvido, según aconsejen las circunstancias.

Timoteo se reincorporó como movido por un resorte. Hizo un atado con sus trastos viejos y se puso de nuevo sus catorce mantas agujereadas

alrededor de la cintura y se enfundó en sus siete sacones deshilachados. El hombre era un solo harapo, de la cabeza a los pies. Tenía el aspecto de un gigantesco quirquincho greñudo, parado sobre sus dos patas callosas y agrietadas. Le importaba un bledo lo que los demás pensaran o dijeran de él. Se sentía desorientado, pero no perdido, con la impresión de haber sido una vez más relocalizado del mundo y arrojado al planeta donde nada está en su lugar, pero todos obligados a simular completa armonía, en medio del desbarajuste. Sin embargo, tenía la ligera sospecha de que pronto iba a transponer el límite de lo vulgar a lo maravilloso e internarse en el luminoso valle que una vez soñara de este modo:

Voló un caballo blanco sobre su cabeza. El volvió sobre sus pasos para seguirlo, compelido por un extraño compromiso, hasta el borde de una meseta árida y gris. El caballo se posó en tierra y descendió al galope por un espacioso valle suavemente inclinado por donde corrían arroyos cristalinos; de baja vegetación, florido y arbolado de fraganciosos frutales; poblado de

campesinas y campesinos en cuyos rostros se había perpetrado la inocencia. El aire bondadoso acariciaba como el ósculo de una madre. Al fondo, por donde se perdió el caballo, en el otro confín del valle, ascendía una luz más brillante que cien soles, mística, reconfortante y promisoría. "¡Es Dios!", pudo balbucear en medio de su asombro y cayó de rodillas. Despertó empapado por gozoso llanto que jamás había llorado.

Quiso continuar con la reconstrucción del sueño, pero no le fue posible. Una voz le decía:

"Timoteo Veremundo, eres una ficción, un préstamo a plazo fijo que en cualquier momento te lo van a cobrar, aunque trates de hacerte el desentendido. Tu presente, querido amigo, no es más que un puñado de recuerdos marchitos, como tu atado de trastos viejos y tus harapos; difuso como sombras chinas. Eres un malogrado boceto de vida. Lo sabes bien porque has caminado y caminas detrás de tus propios pasos buscando encontrarte cara a cara contigo mismo. Esa ya es una ventaja frente a los demás. Tienes otra cosa a tu favor: a pesar de tus bellaquerías -

que no son pocas – te has atrevido a vivir con apego a esta convicción: "Nací desnudo, y estando vivo lo demás es ganancia". Puedo testificar en tu favor porque me consta que no tienes cédula de identidad ni partida de nacimiento ni oficio remunerado porque de todo esto te han despojado. Nada compras y nada vendes. No abordas un taxi ni un colectivo y de nada serviría si no están en la ruta de tu destino. Jamás lees los diarios ni te consultan las encuestas de opinión. No existes – felizmente – para los jueces y alguaciles porque no eres demandante ni querrelado; tampoco propietario ni inquilino, excepto de tu propia osamenta. Duermes donde te coge el sueño, sin importarte si es de noche o de día, y te bañas de sol o de lluvia, si te viene en gana. A nadie buscas camorra ni te amedrentan los asaltantes porque ya nada pueden arrebatarte. Ahora sabrás de qué lado se cierran las puertas que tratan de esconder la ignominia. No eres elector ni elegible e ignoras la ofensa procaz tanto como la arrogancia de los que pasan con aires de triunfadores, de esos a los que les importa un perejil si alguna vez te dolió una muela, si tuviste

hambre o frío. Tu dignidad ha mitigado pesares y compensado carencias. Esos pasan y pisan insolentes y murmuradores: "Pobre tipo, está loco de remate..." Puedo declarar en este sentido, pero de lo que hayas hecho o dejado de hacer, deliberadamente o sin quererlo, no me compete opinar, porque yo estoy en las mismas".

Timoteo Veremundo miró en derredor, pero no pudo identificar esa voz, aunque le parecía familiar, ni ubicar su procedencia. La carroza fúnebre pasó frente a él.

El muerto estaba sentado sobre el ataúd, con cara de felicidad. Le guiñó un ojo y Timoteo comprendió al instante que ese gesto no era una vulgar señal de complicidad, sino que estaba, por primera y última vez, cara a cara consigo mismo.

Se fue, al trote, detrás del cortejo, repitiendo a voz en cuello, para que todos escucharan: "ESE SOY YO, TIMOTEO VEREMUNDO, RELOCALIZADO". Pero, nadie podía oírle porque todos estaban sordos de simulada consternación por la muerte del difunto.

LA DEUDA

*M*ediodía en Santa Juliana: el aire quiescente, igual que en las altas palmeras inmóviles, como pintadas sobre lienzo azul pálido. Tiempo cuajado de humedad.

El bazar "De Todo" desierto de gente, pero abarrotado de comestibles, telas, libros, herramientas, medicinas, cristalería, sal, querosene, juguetes y licores. "Todingo lo que querás lo tenés en el almacén del colla", decían.

El colla Rosendo Pericón llegó hace cinco años, comerciando con cerveza que traía para acá y cueros de lagarto que llevaba para allá. Ahora, está lidiando con los mosquitos y el bochorno de estos cuarenta grados a la sombra.

- ¡Buenas, Don Rosendo! - la voz del recién llegado es el único sonido que se oye en varias cuadras a la redonda, en medio de este silencio que abraza al pueblo mientras sus habitantes dormitan en sus hamacas, debajo de los aleros de palma. Timbre de voz extraño, expresión dicha con inusual solemnidad o con sorna. Estaba acostumbrado a que todos lo llamaran familiarmente "Don Rose".

- Buenas, Pilucho. ¡Qué gusto me da verlo de tanto tiempo! Ya parecía que usted nos había echado al olvido.

Pilucho Baures, camba alto y fornido, echa el sombrero tejano sobre la nuca, se alisa el bigote negro y espeso. Sus ojos revelan que anda preocupado o molesto o ambas cosas. "¿Qué le pasará al Pilucho, que se ve tan raro?", piensa Rosendo. "¡Bah! habrá perdido en el crap o se habrá peleado con alguna de sus peladas. Eso debe ser..."

- Oiga, Pilucho, usted se levantó hoy con el pie izquierdo, ¿verdad? - El hombre no contestó -

y después de un embarazoso silencio en que sólo se cruzaron miradas, como si mutuamente se quisieran adivinar los pensamientos, el cambia dijo:

- Necesito balas calibre 38.

- ¿Cuántas cajas quiere?

- No quiero ninguna caja. Cinco balas son suficientes.

Cargó el arma pacientemente. Preguntó cuánto debía. Rosendo le dijo que no era nada, que cómo le iba a cobrar por esa insignificancia. De todos modos, Pilucho dejó sobre el mostrador un billete de veinte bolivianos.

- Usted debe imaginarse a qué he venido. Estoy aquí para cobrarle una deuda.

Rosendo se quedó sorprendido. Quiso preguntarle de qué se trataba, se disponía a pedirle que se explicara mejor, pero no tuvo tiempo. Pilucho Baures le disparó en medio de la frente. A lo que iba cayendo, le dio otros dos balazos y dos

más en el suelo, todos los tiros en la cabeza. Después, montó su caballo y se fue al bar del Jochi Pintao a contar lo que acababa de hacer y por qué lo había hecho. Le oyeron el Jochi y dos parroquianos que bebían cerveza.

- Ese colla 'e mierda empuñó a mi hermana Purita y se hizo el desentendido. Papá le dio pa' sus buenos huascazos a la deshonrada, pero se le fue la mano y Purita murió, pero alcanzó a revelar el nombre del desgraciado mancillador. Antes de expirar, Purita pudo decir: "Fue Rosendo" y... nada más.

El Jochi conocía la historia. Sabía que el colla salió varias veces con Purita. La última vez los vio bien acarameladitos en el cine y después en la playa del río. Sabía que el colla quería casarse con ella. Pero eso fue hace seis o siete meses. Purita también deseaba casarse con él, pero súbitamente dejó de venir al pueblo para evitar todo encuentro con Rosendo. El Jochi sabía por qué.

- Fijate Pilucho, fijate bien en lo que te voy a

decir: mataste a un inocente. El colla Rosendo Pericón no empreñó a tu hermana, fue tu hermanastro Rosendo Capistrano, que ahora es alcalde de San Bartolomé. El la emborrachó y la forzó la noche de la festividad de Santa Juliana, el 12 de agosto, cuando el colla estaba de viaje. Purita se guardó el secreto por miedo y vergüenza, y yo le apañé porque era mi ahijada.

Pilucho Baures quedó como petrificado. En silencio, volvió a montar su caballo y se fue a la hacienda de su padre. Ahora, cargado de una carabina, galopa rumbo al poblao de San Bartolomé.

LA MUDEZ DEL FIERO

CHINGOLO BARTOLO

Al fiero Chingolo Bartolo le prolongaron la boca con una navaja hasta unírsele con el lóbulo de la oreja izquierda. Por eso tiene tan fea cicatriz en sesgo, como "L" recostada que le da aspecto de mueca perpetua, entre misteriosa, triste y burlona.

Eso le pasó por confundir borrachos y por testarudo: se negó rotundamente a pedirle perdón de rodillas y a besarle las manos al ofendido.

Había echado del Night Club "La Perla", a empellones y con un formidable puntapié en el trasero, al Jefe de Seguridad del Estado, en vez del tipo que se andaba propasando groseramente con la vedette favorita del patrón. Ambos vestían

de igual manera: pantalón verde y chamarra gris, pero el fiero no se había dado cuenta de este detalle, y no tenía por qué adivinar que, justo en ese momento, el verdadero indeseable se había metido de urgencia en el baño.

Vinieron ocho matones, que más parecían mulas sobre dos patas, y se lo llevaron. Hay quienes aseguran que el fiero Chingolo Bartolo quedó mudo desde entonces, de indignación y rencor, pero eso no es verdad: su silencio es voluntario, debido a un profundo pavor de antigua data.

Tenia trece años cuando se puso a trabajar como ayudante de chofer en el único ómnibus de la "Flota Montañés", en la ruta Potosí - La Paz. Parte importante de sus responsabilidades era mantener despierto al conductor. El muchacho cumplía esta obligación con especial esmero: conversaba animadamente, contaba chistes picantes, tocaba la guitarra y cantaba; imitaba a Raphael, al Pato Donald y a Cantinflas.

Una noche de junio, fría y neblinosa, corría el ómnibus por la Cuesta de Yocalla. El maestro,

que se moría de sueño, le dijo: "Oye, fierito Chingolito: cántate esa cuequita que dice: "Cuando me vaya, cuando me ausente/ Adiós, negrita/ no has de llorar por mí..."

El chico se puso a cantar a todo pulmón. Despertaron los pasajeros. Cundió el entusiasmo. En el momento del éxtasis de la cueca se soltó el grito: "¡Aura!" y todos jalearon con inusual euforia, especialmente el conductor, precisamente cuando el vehículo se aproximaba a una curva cerrada.

El único sobreviviente de los 36 pasajeros fue el fiero Chingolo Bartolo, sólo Dios sabe por qué. Los policías de Tránsito le acosaron con preguntas: "¿Qué pasó? ¿Por qué se embarrancó el ómnibus? ¿Quién tuvo la culpa? ¿Cómo fue que tú te salvaste?..."

El muchacho quería decirles: "Yo no tuve la culpa", pero no le salían las palabras, sólo atinaba a mirar a sus interrogadores con ojos que se le saltaban de espanto. Y nunca más pronunció palabra alguna.

CRUCITA MAMANI

Después del entierro, los familiares de Viviano Nina se llevaron las ovejas, las gallinas, el radio a transistores y la ropa del difunto para lavarla a los nueve días y repartírsela también. Corrieron a la casa del Corregidor para decirle: "Su mujer lo ha matado, estamos seguros". Ellos mismos se ocuparon de custodiar a la acusada hasta ponerla en manos de la policía, en la ciudad de La Paz, donde formalizaron la denuncia. Un mes después, el comisario de turno inició las diligencias con la consabida fórmula: "En la ciudad de La Paz, siendo las 15 horas del día 27 de marzo de 1968, compareció ante esta Subsección la persona que responde al nombre de Crucita Mamani Kama, etc., etc."

El secretario escribía el acta en una "Underwood" modelo 1905 que sonaba como una matracaca. La mujer fue obligada a ponerse de pie para prestar el juramento de ley. Se incorporó con mucha dificultad. Parecía apaleada. Frente al escritorio del comisario, temblaba de pies a cabeza, cubierta con su rebozo negro verdusco. El policía comenzó con el interrogatorio, dictándole al secretario:

- Conocido su nombre, manifieste usted sus demás generales de ley.

La mujer, cuya edad frisaba en los 30 años, no entendió una jota. Permaneció en silencio, como si hubiera oído llover. El comisario le repitió la pregunta levantando la voz. La mujer seguía callada, con la cabeza gacha. Llamaron al cabo de llaves para que hiciera de intérprete. Este tradujo la pregunta a la lengua nativa de la detenida y volvió a traducir la respuesta al idioma oficial.

- Soy mayor de edad, soltera, natural de Suches, con domicilio precario en esta ciudad,

ocupada en labores de casa, sin carnet de identidad.

Algo de eso había dicho, pero lo que en realidad expresó fue que deseaba saber por qué estaba detenida y quería quejarse del trato recibido en los calabozos desde que la trajeron de su pueblo. Quería denunciar que la noche en que la recluyeron había sido violada por el hombre que ahora le hacía preguntas en su propio idioma, y que después se aprovecharon de ella cuatro hombres más. Durante el carnaval y los días posteriores, abusaron de ella muchos otros, había perdido la cuenta de cuántos fueron, pero sí se acordaba de que todos estaban siempre borrachos y que la golpeaban si oponía resistencia. Pero, no pudo seguir, porque la mandaron a callar.

– Limitate a responder a las preguntas del comisario – le dijo el traductor.

– Sírvase manifestar cuánto tiempo de vida concubinaria llevó con Viviano Nina y cómo era su forma de relación de vida – dijo el comisario.

El intérprete le transmitió ésta y otras preguntas más hasta que se llegó a la principal, según el procedimiento de diligencias de policía judicial.

- Sírvase manifestar en qué circunstancias se produjo el deceso de Viviano Nina, indique cuáles eran los síntomas en el momento del fallecimiento y qué aspectos somáticos presentaba el occiso.

El intérprete decidió que era imposible trasladar esos tecnicismos a la lengua nativa, por lo que sólo le preguntó secamente de qué había muerto Viviano Nina. La mujer habló:

- El 27 de febrero, más o menos al mediodía, mi cuñado Felipe Nina buscó a mi marido para invitarlo a beber con motivo del "Jueves de Compadres". Tomaron hasta el anochecer. A esa hora, mi concubino dijo que iba a acompañar a su hermano para dejarlo en su domicilio. Regresó en momentos en que yo salía a echarme de menos de mis ovejas. Al ver eso, mi marido me empezó a golpear, suponiendo que yo quería escaparme. Cada vez que tomaba, me pegaba.

Empezó a loquear y me siguió hasta la cama. Yo quería acostarme para demostrarle que no pretendía huir. Se cansó de golpearme y después se puso a preparar un poco de agua en un jarro, pero no me dejaba ver bien lo que hacía. De pronto, se cayó al piso. Cuando me di cuenta de su estado, se sacudía y le salía espuma por la boca. Fui a la casa de mi cuñado a pedir auxilio. Llegaron sus familiares y dijeron que estaba muerto, que yo lo había matado porque me pegaba mucho.

Crucita Mamani quiso volver sobre el asunto de su detención. Lloró por primera vez, miraba con sus ojos negros y achinados al comisario, como implorándole que le entendiera. Volvió a contar cómo la violaron el carcelero, este hombre que le hablaba en su misma lengua; los guardias, los maleantes... El comisario le preguntó al traductor qué había dicho la mujer entre tanto sollozo.

– Alega completa inocencia, mi jefe. Dice que ella no mató a su concubino, eso nomás repite todo el tiempo, de varias maneras.

El comisario ordenó al secretario que escribiera:

- Pregunta: ¿Tiene usted algo más que agregar a su declaración?

- Respuesta: Sí, me declaro inocente del delito que se me imputa. Yo no maté a mi concubino Viviano Nina. Punto guión. Con lo que terminó, leída que le fue, persistió en su tenor, dejando sus huellas digitales por no saber firmar, de lo que certifico. ¡Que la pasen al Ministerio Público, "con detenido"!

Crucita Mamani fue recluida en la Cárcel de Mujeres, bajo acusación de sospecha de "conyugicidio por envenenamiento con sustancia desconocida". Nunca más la llamaron a declarar ante autoridad alguna, durante sus 15 años de cautiverio. El alguacil del juzgado, un tipo muy ocupado en recibir coimas mientras registraba los expedientes, había anotado en la carátula del proceso: "Ministerio Público contra Rosita Hernani", por "Crucita Mamani". Como el caso no se movía por ningún lado, al cabo de un año el ex-

pediente fue a dar al archivo general.

Cada seis meses, a instancias de las monjas que regentaban la penitenciaria de mujeres, venía la visitadora social y tomaba nota del caso de Crucita y volvía con el mismo resultado: El expediente no aparece, no existe en ningún juzgado, no está en el archivo, lo he revisado cuidadosamente. No sé qué se puede hacer.

El único documento disponible era el libro de altas y bajas de la cárcel, donde se había anotado: *"Crucita Mamani Kama, ingresó el 30 de marzo de 1968, con mandamiento de detención preventiva expedido por el juez de Instrucción en lo Penal"*.

En la última visita de cárcel, la directora del establecimiento insistió en que los magistrados de la Corte atendieran el caso. Vieron los informes de la visitadora social, pidieron la opinión del fiscal, un tanto presionados por el interés que había despertado el asunto entre los periodistas que asistían al acto. Deliberaron largamente en la oficina de la directora y decidieron

poner en libertad a la reclusa Crucita Mamani Kama "por haber cumplido superabundantemente, con su detencion preventiva, la condena que pudo merecer el delito que se juzgaba".

Lo que jamás se supo es que Viviano Nina, en su borrachera, había confundido la lata de azúcar con el recipiente de DDT que le obsequiaron los Voluntarios del Cuerpo de Paz, el día anterior a su muerte, para que desinfectara a sus ovejas.

LA TARJETA DE CHELA

*E*n el enjambre de funcionarios citados a la Jefatura de Orden Social (O.S.), predominaban los agentes especiales que se distinguían de los demás por sus botas de media caña, chamarras de cuerina negra, pantalones grises y pañuelos verdes al cuello. Altos y fornidos, constituían el grupo selecto de "Limpieza", organizado inmediatamente después del triunfo de la Revolución Nacionalista.

Nerviosas secretarias se atropellaban en los pasillos portando expedientes, informes, circulares y otros documentos. El Jefe de la O.S. llamó a su despacho a los responsables de grupo y mandó que los demás esperasen en la sala contigua. Les entregó órdenes de servicio de "ejecu-

ción inmediata", acompañadas de listas de veinte nombres.

- Para esta noche - les dijo - Para esta noche - recalcó - todos los que figuran en las listas que se les ha dado deben hallarse en los sótanos de seguridad de la O.S. ¿Entendido? El subrayado con lápiz rojo, debajo de algunos nombres, significa "capturarlos vivos o muertos"; mejor si los traen finados.

Los responsables de grupo asintieron respetuosamente con una inclinación de cabeza. Calcularon el tiempo disponible. Tenían diez horas para ejecutar las órdenes. Necesitarían varios vehículos y agentes de refuerzo.

- Pónganse en contacto con el Jefe de Servicios Vehiculares y con el Coordinador de Voluntariado Político - les dijo, anticipándose a cualquier petición.

Alejandro Clavel se disponía a cerrar su oficina, eran cerca de las siete de la noche. Había asegurado ya una de las hojas de la puerta con el

picaporte vertical, cuando oyó el timbre del teléfono.

- Sí, diga...

- ¡Hola, Alex. Te habla Germán... Germán Herrera. Mira, es para pedirte un gran favor en nombre de la Comisión de Justicia y Paz. Hay un trabajador minero acusado de tráfico de cocaína. Un caso difícil por sus implicaciones políticas, pero jurídicamente carece de sustentación. Creo que puedes hacer algo.

- No estoy seguro. ¿Por qué no acuden a un defensor de oficio?

- Ya lo hemos intentado, infructuosamente, tú sabes... tienen miedo y, además, no ofrecen ninguna garantía, son adeptos del gobierno y tratan de hacer méritos para conseguir un nombramiento en la próxima renovación judicial. Por eso hemos pensado en ti.

- Debo ver el expediente antes de tomar una decisión.

- Te visitará la esposa del compañero detenido. ¿Cuándo y a qué hora puedes recibirla? ¡Ah!, te advierto que la Comisión de Justicia y Paz no tiene un centavo para pagar honorarios y mucho menos la familia del minero. Tendrás que hacerlo por solidaridad humana.

- Eso no importa, pero debo ver en qué estado se halla el asunto.

- Gracias, viejo, ¿qué le digo a la mujer?

- Que venga mañana, a las nueve.

Al día siguiente, Alejandro Clavel encontró a la puerta de su bufete a una mujer acurrucada, cubierta por una mantilla raída. Le acompañaban siete niños, todos varones; el mayor no tendría más de diez años; el benjamín aún lactaba.

- ¿Es usted el doctor Clavel?

- Sí, señora, ¿en qué puedo servirle?

- Me envían de Justicia y Paz - le entregó

una esquila.

- Pase usted.

- Mi nombre es Graciela Terceros de Soto, pero más me conocen como "Chela".

La mujer contó la historia, entre sollozos:

- Mi marido se llama Vitaliano Soto. Es trabajador de interior mina, en la Empresa Huanuni. En la última huelga, sus compañeros le nombraron "Delegado de base" para las negociaciones del pliego salarial. El nunca se ha metido en política, no sabemos lo que es eso, pero no podía negarse a colaborar con el sindicato, decía que era justo pedir un aumento de salarios para alimentar mejor a nuestros hijos. El presidente, Gral. Barrientos, llegó hasta Playa Verde, con sus soldados, a poner orden en el centro minero. Mi marido arrojó una piedra contra el jeep del general y le destrozó el parabrisa. Ahí empezó la baleadura. Cayeron siete compañeros y el ejército ocupó el campamento. Vitaliano logró esconderse en uno de los socavones, pero los buzos lo

denunciaron y anduvo cambiando de escondite durante un mes. El presidente había dado orden de que lo atraparan vivo o muerto. No había sindicato ni a quién acudir. En eso, ya sabe usted, vino el apoyo de la Central Obrera a los mineros de Huanuni, la prensa se ocupó del asunto y el gobierno estaba cayendo en la impopularidad. Se decretó la amnistía y dijeron que los trabajadores perseguidos podían volver a sus labores, a condición de que se disolviera el sindicato. Todo eso se cumplió y mi marido retornó a su trabajo, pero la pedrada contra el presidente no había sido olvidada, aunque nosotros creíamos que sí. Pasaron todavía dos meses más...

Los niños escuchaban el relato quietecitos, sentados en fila, apeñuscados sobre el sofá. Ninguno parecía entender qué hacían allí, en ese cuarto de piso de madera, cuadros y libros raros. El mayor no despegaba los ojos de la máquina de escribir.

... cuando una mañana, a eso de las diez, era el 15 de julio, tocaron a la puerta de mi casa. Vitaliano dormía porque había trabajado en la pun-

ta de noche y se recogió a las cinco. El que tocaba dijo que era empleado de la flota "Estrella Blanca", que debía entregar una encomienda enviada desde Santa Cruz, a nombre de Vitaliano Soto. "Qué raro - le dije - no tenemos parientes ni conocidos en Santa Cruz. Mi marido es de La Paz y yo soy de Pulacayo, debe haber un error". El hombre alegó que él sólo cumplía con su deber. La encomienda estaba rotulada a esta dirección, a nombre de Vitaliano Soto y tenía que entregarla. Mi marido salió del cuarto y recibió el paquete, después de firmar un recibo. El mensajero desapareció y no habrían pasado ni dos minutos cuando se presentaron dos hombres armados de pistolas que se metieron a la fuerza en el cuarto y le dijeron a mi marido: "Abra, carajo, abra el paquete". Vitaliano lo hizo, cortando las cuerdas con el cuchillo de cocina. Parecía un envoltorio de café, como de un kilogramo. Los hombres volvieron a ordenar: "Rasgue la bolsa y vacíe el contenido sobre la mesa". Si, era café, creo que de la marca "Royal". Saltó también una bolsita de plástico del tamaño de una cajetilla de cigarrillos, que parecía contener harina o azúcar

molida o bicarbonato. Los hombres se identificaron entonces como agentes de la policía de Oruro. Se llevaron a Vitaliano, a punta de pistola, hasta una movilidad de la COMIBOL y no lo volví a ver, hasta hoy. Me han dicho que está en La Paz, incomunicado, en el Departamento de Investigación Criminal, acusado de tráfico de cocaína.

Alejandro Clavel escuchó atentamente la relación del hecho. Se interesó por el caso. Preguntó a la mujer si podía conducirlo hasta la oficina donde le dieron la última información. Ella dijo que sí. Advirtió que los niños estaban agotados y hambrientos. No habían probado alimento en las últimas 24 horas.

- Mire, señora Chela: tome usted estos diez pesos y vaya al mercado Lanza, está a dos cuadras de aquí, a desayunar con los niños. Después iremos a hacer las averiguaciones en la policía.

Chela dijo que les habían cobijado en un galpón de la zona de El Alto, pero no les daban comida. El abogado le entregaba dos o tres veces

por semana algo de dinero para desayunar y almorzar, que ella recibía agradecida, pero también ruborizada.

El caso era muy claro. A Vitaliano Soto le habían tendido una trampa, desde la Fiscalía de Distrito, para vengar la ofensa inferida al presidente de la República. Cualquier reclamación chocaría contra la tipificación de un delito común, nada sindical, nada político. El gobierno no podría ser acusado de represalia contra un ex-dirigente de base ni de represión sindical contra los mineros, sino que estaba ejerciendo su alta misión de castigar a un traficante de drogas.

Sin embargo, la posición de la fiscalía era muy vulnerable, ante cualquier tribunal y más aún ante la opinión pública. El asunto consistía en atraer la atención de la prensa sobre el caso, pero antes había que obtener algunas pruebas convincentes.

Alejandro Clavel consiguió que se publicara en algunos periódicos un resumen de la demanda de Habeas Corpus interpuesta en favor de Vi-

italiano Soto, alegando que éste se hallaba detenido e incomunicado durante 36 días. De ese modo, consiguió que el caso pasara a la justicia ordinaria. Fue fácil acorralar al fiscal y poner en ridículo la acusación del gobierno: ¿Quién era el remitente de la encomienda enviada desde Santa Cruz? En los restos de papel madera, podía leerse: "J. Roca T., Arenales, 715". Esa dirección correspondía al Banco de Fomento y allí no habitaba nadie que apellidara Roca. Además, era muy improbable que un traficante pusiese su dirección en un despacho de esa naturaleza. ¿Cómo supo la policía de Oruro que la encomienda contenía 200 gramos de cocaína introducidos en una bolsa de café? ¿Es habitual enviar café "Royal", que se fabrica en La Paz, desde Santa Cruz? ¿Quién era el funcionario que hizo la entrega a nombre de la flota "Estrella Blanca"? Un tal Pablo Ortiz que nunca apareció después del suceso en Huanuni. La empresa "Estrella Blanca" certificó que no figuraba en las listas de su personal en los últimos dos años ninguna persona de apellido Ortiz. En sus guías de despacho no existía boleta alguna de una encomienda enviada desde Santa

Cruz hasta Huanuni a nombre de Vitaliano Soto. Por último, la flota "Estrella Blanca" no cubría la ruta Santa Cruz - Huanuni.

El juez no quiso o no pudo cerrar el caso por insuficiencia de indicios, no quiso reconocer la validez de los argumentos de la defensa, pero tampoco podía cerrar los ojos del todo a la pataña. Se limitó a fallar en sentido de que las investigaciones debían continuar, pero que podía concederse el beneficio de libertad provisional bajo fianza. Ya era algo, sobre todo porque el asunto había adquirido notoriedad pública.

Pasada la audiencia de calificación de fianza, que el juez fijó en 500 pesos, el problema era cómo conseguir el dinero sin pérdida de tiempo. Algunas organizaciones sindicales lograron reunir 300; Alejandro puso 150 y los 50 restantes los obtuvo de una colecta entre sus colegas abogados y amigos.

Vitaliano Soto llegó hasta la oficina de su defensor, a despedirse. Tenía los ojos y las manos húmedos. Era hombre de pocas palabras. Abra-

zado por sus hijos, sólo pudo pronunciar con notable dificultad: "Gracias, doctorcito, en nombre de mi familia. Dios se lo pague". Y se fueron.

Han pasado siete años. El viento furibundo de agosto sacude los árboles de la Alameda paceña y levanta nubes de polvo. El responsable del Grupo G2, seguido de ocho agentes, se dispone a abordar el jeep "Blanca Nieves" en cuyas puertas lleva pintadas las letras "O.S", del Ministerio del Interior. Hasta esa hora han logrado capturar a 10 de los 20 hombres que figuraban en la orden de servicio. Estaba por anochecer. Ya iba a poner en marcha el vehículo, cuando se le acerca el Subjefe de la O.S.

— Un momento, G2 — le ordena — el Jefe manda que se haga cargo, desde este momento, de la lista encomendada al responsable del G5, que está de baja por un ataque de apendicitis. Esta misión puede cumplirla hasta mañana, al mediodía, no más. Y le entregó la lista del G5. El hombre recibió la orden y se puso a leerla. Prestó

atención a los primeros nombres subrayados con rojo. Guardó el documento en el bolsillo de la chamarra y les dijo a sus agentes:

- Bueno, tenemos trabajo extra, como acababan de oír. Y ya saben mi lema: "No dejes para mañana lo que debes hacer hoy". Yo me ocuparé de la nómina del G5. Oye, Toribio, hazte cargo del grupo. Llévense el jeep. Yo iré en busca de otra movilidad.

Alejandro Clavel estaba en la mira del gobierno. Había combatido abiertamente desde la prensa, con artículos osados, a los aprestos militares, había denunciado más de una vez la injerencia de la CIA en los asuntos internos del país; se había malquistado con la embajada norteamericana. En el Estado Mayor de Ejército, tenía registrado su nombre como "enemigo de las Fuerzas Armadas". En los archivos del Ministerio del Interior cursaba un expediente con la anotación: "Peligroso extremista". No tenía partido, pero se hallaba identificado con las demandas populares y cooperaba con Justicia y Paz, y aplaudía la idea de instalar en el país una oficina de Dere-

chos Humanos para la averiguación de abusos y delitos cometidos contra sindicalistas y políticos opositores.

La noche en que triunfó la Revolución Nacionalista, le aconsejaron que se "fondease" por un tiempo, que tuviera cuidado, porque tarde o temprano sería perseguido. No tomó en cuenta estas recomendaciones, aunque sentía cierto temor. Al día siguiente, abrió su oficina y trabajó todo el día en un caso de divorcio, hasta aproximadamente las siete de la noche, hora en que habitualmente cerraba la oficina.

El responsable del G2, ahora encargado de la orden G5, subió apresuradamente las escaleras del edificio "La Portada", hasta el segundo piso, e irrumpió violentamente en la oficina del doctor Clavel. Era un hombre alto, vigoroso, de unos 35 años de edad, bigote espeso, voz ronca y enérgica. Era uno de los hombres mejor entrenados para misiones especiales, el favorito del Jefe de la O.S., el agente más aventajado y en el que se podía confiar ciento por ciento.

- Doctor, cierre la oficina y acompáñeme, está usted detenido. No oponga resistencia - le dijo mientras exhibía el abultado revólver a medio desenfundar que pendía de su cintura.

- ¿Quién es usted? ¿De qué se me acusa?

- G5, Orden Social. Sólo cumplo órdenes. Me acompaña y es todo.

- Por lo menos déjeme hacer una llamada...

- No, no se lo permito, su teléfono está intervenido. Vamos, dése prisa.

Estas últimas frases del matón le sonaron a los oídos como una leve señal de esperanza o como un signo de secreta simpatía, pese al tono autoritario en que fueron dichas.

El agente de la policía política hizo detener un taxi a la puerta del edificio.

- ¡A la Zona Sur!

Alejandro Clavel supuso que se trataba de un

secuestro, no había visto una placa de identificación del agente, no había otros policías, ni civiles ni uniformados a la salida de la oficina. Esto era extraño, pero no tuvo aliento para protestar. El agente le inspiraba un miedo paralizante, sobre todo porque tenía la mano pegada a la cartuchera del revólver. Silencio dentro del vehículo. De rato en rato, el conductor miraba a los pasajeros por el retrovisor, pero no se atrevía a abrir conversación, además era peligroso. La gente empezaba a aprender a ver en silencio todo lo que ocurría a su alrededor, así sería en el curso de los próximos siete años o más.

- Doble a la izquierda, ahora a la derecha. Deténgase en esa casa de verja blanca. Espere con el motor encendido.

Siempre en tono amenazante, el responsable del G5 ordenó a su víctima que bajase del vehículo. Oprimió el timbre de la puerta y esperó a que abrieran. Empujó hacia adentro al doctor Clavel y abordó de nuevo el taxi. Extrajo del bolsillo de la chamarra la lista y puso en el lugar adecuado la inscripción: "S.D." (Sujeto Desapare-

cido) que significaba: "Captura imposible". Los agentes bajo su dependencia confirmaron el hecho cuando buscaron al día siguiente al doctor Clavel en su oficina, en su casa, en todo sitio posible, y no lo hallaron, y cuando el gobierno recibió, de una embajada sudamericana, una petición de salvoconducto para un asilado político llamado Alejandro Clavel.

Un día antes de salir al exilio, Alejandro Clavel recibió de manos del agregado cultural de la embajada un sobre blanco que, obviamente, había sido abierto por el embajador. Contenía un billete de 100 dólares, un clavel rojo encarnado y una tarjeta que traía esta inscripción: "Vaya con Dios, doctorcito, son los mejores deseos de Chela, Vitaliano y sus siete hijos".

IGÜEMBE

- ¡Ha caído el brujo Coroné!
- ¡El capitán grande Mbiriycá está muerto!
- ¡Están muertos.... muertos!

La noticia se esparció velozmente entre la multitud, paralizándola y enmudeciéndola. Y, de pronto, como poseídos por una súbita locura, los hombres arrojaron, todos al mismo tiempo, sus lanzas y flechas al suelo, y se fueron corriendo rumbo a la cañada, desesperados por ganar el bosque, aullando lastimeramente como animales heridos.

La ocupación de Igüembe había sido planea-

da con dos años de anticipación. Carecían de armas de fuego, pero se adiestraban en el dominio del arco y el combate con lanzas largas y cortas cuyas puntas envenenadas podían atravesar el cuerpo del adversario con la misma facilidad con que se introduce una aguja en cera blanda.

Llegado el día del asalto, tobas y chiriguanos se juntaron en la quebrada seca de Mbaecuá. Venían de Machareti, Ivu, Huacaya, Cuevo y Tarairí. Seis mil tobas, comandados por Mbiryucá, acamparon hacia el poniente; nueve mil chiriguanos, capitaneados por Coroné, se dividieron en dos grupos de cuatro mil quinientos hombres para cerrar la operación en forma de tenaza, desde el norte y el sur. Era vispera de Todos Santos. La tropa expedicionaria de Igüembe, unos cien hombres armados de pistolas y rifles, había quedado aislada de la población, por un mal cálculo de sus estrategias. Tratando de romper el cerco, habían matado a cuatrocientos chiriguanos, pero los cien hombres cayeron también.

La defensa de Igüembe se reducía a cincuenta rifles, con escasas municiones, apostados en la

torre de la iglesia, sobre el muro de piedra del fortín y el Convento Franciscano.

Fray Perinolli había vivido quince años entre los naturales, había fundado varias misiones, iba y venía curando enfermos, bautizando y asistiendo a los desvalidos. Los chiriguano y tobas lo amaban, iban en busca de su sabio consejo ante cualquier dificultad y siempre le obedecían. Fray Perinolli ejercía sobre ellos una poderosa influencia benéfica. Los colonizadores decían de él que era "*El idolo*" de los salvajes, y era verdad, era el único ser humano capaz de aplacarlos. Ante su sola presencia, se amansaban los más feroces. El fraile había estado ausente dos meses, y cuando supo que se planeaba el asalto a Igüembe, retornó como pudo, no le fue posible encontrar a los jefes, pero después de las ceremonias religiosas por el Día de Difuntos, los buscaría de nuevo y tal vez lograría que se pacificaran los espíritus largo tiempo enardecidos por los abusos de los colonizadores, por la depravación y el crimen. Pero, ya era demasiado tarde.

Esa mañana ventosa del Día de Todos Santos

invadieron la población.

Los colonizadores serían exterminados: Todos los hombres adultos, jóvenes y niños serían pasados a degüello; las mujeres y sus hijas serían repartidas entre los jefes militares, como mandaba la tradición.

En la inmensa plaza de Igüembe ensordecían los gritos de algarabía de los vencedores. Hacía ya quince minutos que no se oían sino algunos disparos aislados que provenían de colonizadores en retirada.

Fray Perinolli decidió ganar la plaza, esperando en un milagro. Debía hacerse oír y para ello era imprescindible llamar la atención de los nativos. El secretario del ayuntamiento apuntaba con su rifle hacia la multitud, dispuesto a agotar las dos últimas balas que le quedaban. Fray Perinolli le arrebató el arma y se la llevó consigo. Nunca había tenido un rifle en las manos, pero esta vez le sería de gran utilidad para hacerse oír. Confundido entre tobas y chiriguanos, el fraile preparaba su discurso. Les diría en su lengua

autóctona: "¡Basta de sangre, en el nombre de Dios! ¿Dónde están Mbiriyucá y Coroné? Quiero hablar con ellos, llamen a sus jefes, ¡quiero hablar con ellos!"

Mbiriyucá y Coroné habían trepado al campanario de la Iglesia, para hablar desde allí a sus huestes y proclamar el triunfo de la rebelión. Emergieron sus figuras esbeltas y fornidas, como estatuas de bronce iluminadas por el sol, en la espadaña, delante de la campana.

Fray Perinolli disparó el arma dos veces al aire. Las detonaciones fueron ahogadas por el grito de la multitud que levantaba sus armas para saludar a sus jefes victoriosos. Cuando Fray Perinolli alzó la vista, vio cómo caían de la torre-cilla los dos cuerpos, como aves con las alas extendidas.

Mbiriyucá y Coroné tenían la frente destrozada. Dos impactos certeros que Fray Perinolli comprobó azorado, todavía con el rifle en las manos, sin poder explicarse cómo pudo suceder lo que sus ojos veían.

Tobas y chiriguanos repitieron las palabras del cura: "¡Están muertos! ¡Muertos!"

Fray Perinolli quedó solo, en la plaza, junto a los dos cadáveres. Los gritos, como aullidos de animales heridos, se perdían por la cañada. Entre miles de flechas y lanzas abandonadas, de pie ante los despojos de Mbiryucá y Coroné, Fray Perinolli extrajo del bolsillo de su sotana un misal y comenzó a rezar.

Este libro se terminó de imprimir el 9
de octubre de 1992, en los talleres
gráficos de Imprenta Editorial G.H.
Calle Otero de la Vega N° 426.
Teléfono 323942.
La Paz-Bolivia

